



NOTAS CRÍTICAS

HUGO WAST

NICOLAS BAYONA POSADA

... Cuando —con íntima fruición— remonto el curso de la historia y asisto al nacimiento de las literaturas genuinamente nacionales, son los primeros en surgir ante mis ojos algunos hombres de aspecto inconfundible y de una magnética atracción. Lo mismo en la India que en Grecia, y de idéntico modo en España que en Francia o Alemania, veo cómo recorren las calles y las plazas, cantando siempre y seguidos en su camino por las turbas. Megáfonos de los rumores populares, condensadores extraños de toda fuerza heroica, espejos taumaturgos que copian —embelleciéndolo— cuanto acontece en torno suyo, saben esos hombres muy bien, por un secreto instinto, que el espíritu de las naciones, como el de los individuos, se nutre con el relato de acontecimientos de interés. Y —como las dulces abuelitas que despiertan la adolescencia de sus nietos con el recuento de empresas fabulosas— ellos también, dando a sus narraciones como aliño el ritmo y la cadencia, modelan el carácter nacional con la poética narración de las luchas de pandavas y y cannavas, de las glorias de Roma, de la cólera de Aquiles, de la nobleza de Rolando o de la fuerza indomable de Sigfrido. Son los *aedos*, los *rapsodas*, los *juglares*.

La primitiva túnica, sin embargo, contiene el germen de la toga aristocrática, como la habitación lacustre el de los



castillos señoriales. A medida que la inteligencia humana se desarrolla, y a medida que hombres y naciones dejan de ser capullos gráciles para irse trocando en flores poco a poco, se anhelan relatos de una mayor perfección, de una fuerza emotiva más intensa, de un carácter general y enteramente humano. Es el momento en que hace su aparición el arte pulcro, y en que las galas de una estética sutil reemplazan a la nativa sencillez. Viasa, Valmiqui y Homero se internan en la penumbra suavemente, mientras avanzan a plena luz el ático Virgilio, el teológico Dante, el impecable Tasso... Pero hay más...

## II

Al acrecentarse la *civilización* y surgir de ella la *cultura*, el alma colectiva se fragmenta. El hombre entonces, humanizándose más y más, desea encontrar, en los relatos que le sirven de solaz y de estímulo, una mayor potencia íntima que la contenida en las vistosas descripciones de episodios casi siempre guerreros. Es porque la vida interior se ha impuesto en él a la exterior y ya comienza a enamorarse de la realidad.

Narraciones como las que ahora solicita, con ruda insistencia, no pueden caber ya en el estrecho marco de los poemas épicos. Esencia de todo relato son los personajes y la acción, pero en el poema, personajes y acción se sublimizan, se difuman, se sitúan gallardamente en una atmósfera de ensueño, en tanto que el espíritu humano, desarrollado ya completamente, busca ambular sobre la tierra y gozar de la realidad que le rodea, sin perjuicio —eso sí— de levantar la vista al cielo para mejor comprender lo terrenal. Y si esto es así, como lo es; si está dentro de la naturaleza racional un hambre voraz de conocerlo todo; si la música del verso llega, a la larga, a hacerse empalagosa; si anhelos insomnes de verdad desnuda imponen la humanización de los hombres y de sus hechos; si la literatura —sombra de un cuerpo y calor de una llama— —debe marchar acorde con las ideas y con los sentimientos que le mantienen su ritmo vital, y si, además, a todo espíritu corresponde un cuerpo sustancialmente unido a él y a él semejante, resulta de inmediata evidencia que un nuevo género literario debe reemplazar a la épica. Ese género no puede ser sino la novela, “epopeya bastardeada” en opinión de Federico Schelegel; “la última dege-

neración de la epopeya”, según Menéndez Pelayo, y “la forma más excelente y característica de la poesía épica”, como afirma Navarro Ledesma.

Y, llegado a este punto, torno a contemplar algunos hombres.

## III

Porque no veo solamente cómo el cuento oriental, evolucionando de continuo, abre el camino de triunfos resonantes a las novelas de caballerías, y cómo también los excesos de éstas producen como reacción las pastoriles, y las pastoriles se tornan por contraste en picarescas, y las picarescas crean por virtud de una nueva reacción las románticas, y las románticas engendran las históricas, y de las históricas no tardan en nacer las de aventuras: veo ante mis ojos, además, en siglos diferentes y en nacionalidades diversas, numerosos personajes que me son familiares y dilectos.

Allí, en rápida visión, brota del alma de un hidalgo inmortal, tan semejante a él como un hermano, el andante caballero cuyo corcel decrepito galopa y galopará sobre los siglos; lejos del hidalgo en el tiempo pero vecino suyo en el espacio, observa otro las costumbres y los caracteres, los avalora, los contrasta, y, en escenarios arrancados a la realidad, los pone a representar los episodios variadísimos de lo que él mismo llama *la comedia humana*; a un lado divaga, cojo y débil, el simpático soñador a quien encantan las osadías de los piratas, las rarezas de los anticuarios o las luchas entre normandos y sajones; se expresa en el mismo idioma el personaje que, a la diestra del melodioso soñador, refiere las torturas sin cuento de su niñez adolorida, en páginas saturadas de honda ternura y rebosantes del más tierno amor por los débiles, los tristes y los desheredados; en la glacial Siberia, exprime su corazón un desterrado, para narrarnos los crímenes y los castigos, las ambiciones de los miserables y las torturas infinitas del cementerio de los vivos; un español, en tanto, reconstruye los episodios capitales de la historia de su nación o crea la inolvidable figura de la adolorida Marianela, en tanto que muchos otros autores (son centenas, millares) relatan las aventuras caballerescas de los mosqueteros del rey, pintan con firme trazo las pequeñeces de una corte o la



grandeza de una reina, nos hacen viajar por las profundidades del océano o por las montañas de la luna, nos embelesan con las estampas de un malgeniado capitán y un jefe de tricornio y, ya en nuestros días, nos hacen ascender a la propia cumbre de una montaña tan grande como mágica.

No faltan, en esa magnífica legión, representantes ilustres de la América Hispana. Aquí están, revueltos con los grandes de Europa, el tierno Isaacs del brazo de María, y Mármol del de Amalia, y Sarmiento conducido a la inmortalidad por su Facundo, y Marroquín sobre su Moro que todavía colea, y Blest Gana historiando novescamente la reconquista, y hasta el propio autor de *El alférez real* sumergido en maduras reflexiones.

Y aquí también, en nuestra América, el argentino ilustre que plasmó el carácter español de los siglos de oro en la figura señorial de don Ramiro; el colombiano que mostró al mundo entero la dantesca vorágine de las selvas amazónicas; el venezolano insigne que supo describir para la inmortalidad el arma bárbara y cruel de las llanuras y de las maniguas; el mejicano para quien no guardaron secretos las gentes de abajo; el bonaerense benemérito que puso a galopar sobre su pampa la sombra de un gaucho sin segundo; el peruano reivindicador que siguió con mirada adolorida la dorada serpiente del Marañón o la huella de los perros hambrientos, y, en lugar de preferencia, cerca del antioqueño inolvidable que es, para Cejador y Frauca, el mayor de los novelistas de América, el argentino multiforme que narró las desventuras de Alegre, los horrores acontecidos en la casa de Carmen de Borja, el doloroso idilio de Rina, las divertidas andanzas de don Triboniano, las dramáticas situaciones a que da origen la pasión de Roque Carpio, los amores exóticos del cacique Mangoré y la española Lucía Miranda y —para que nada falte— los sucesos apocalípticos del fin del mundo.

Este último novelista, en efecto, puede contarse como uno de los mayores de la literatura universal. Y si alguien lo duda, o atribuye la rotunda afirmación a la amistad que me unió con él o a la simpatía que le profeso, sígame en este viaje, muy corto en realidad, a través de la vida y de la obra del novelista excelso y diga luego, con entera franqueza, cual de los dos se equivocó.

Nacido en el año de 1883 en Córdoba, la más castiza de las ciudades argentinas, y educado en hogar en que la verdad y la justicia tienen culto perpetuo, Gustavo Martínez Zuviría es un chiquillo travieso como pocos y observador como el que más. Dígalos el gato que huye asustado al adivinarle los pasos, el perro guardián en cuyo lomo pretende cabalgar, las avejillas que han formado su nido en los viejos duraznales de la huerta. Pero dígalos, ante todo, la adorable abuelita. Porque es ella, en efecto, quien vive más cerca de aquel capullo a medio abrir. Ella, entre sonrisas y deliciosas reprimendas, zurce las ropas que desgarró el muchacho en sus exploraciones por zarzos y tejados; ella cura, con bálsamos de miel y de amor, las heridas causadas por las ramazones del monte o por las piedras de los chicos rivales; ella, finalmente, cuando el día se desvanece y la tierra comienza a dormirse como un niño bajo las alas azules de la noche, entretiene al tesoro de su hogar relatándole aquellos cuentos deliciosos, aquellas historias estimulantes, aquellas leyendas inefables que agradan tanto al chiquitín que desea escucharlas a toda hora y parecen constituir la razón misma de su vida.

Terminados los estudios de segunda enseñanza, y ávido de nuevas emociones, se matricula Martínez Zuviría en la Facultad de Jurisprudencia de la Universidad de Santa Fe. Con provecho y agrado se interna por las encrucijadas del código civil o por los laberintos de la práctica forense. *Las Pandectas* y *Las Siete Partidas*, a poco tiempo de su ingreso a la Facultad, no guardan secreto alguno para él, y hasta en la misma apostura, gallarda y señorial, se perfilan los rasgos inconfundibles de quien será magistrado y legislador, ministro de estado y político de vuelo aquilino. Mas no descuida por ello los libros que tan reciamente le atraen con sus relatos. Alarcón y Julio Verne, Dickens y el padre Coloma, Balzac y Pérez Galdós, Tolstoi y Scottt —entre muchos— alternan en su biblioteca con Papiniano y el Rey Sabio, con el *Fuero Juzgo* y con las *Normas Procedimentales*. Y más aún. El mismo Martínez Zuviría nos confiesa que “ya por ese tiempo guardaba en mi pupitre de colegial no menos de tres espeluznantes novelas, de fondo histórico y de buena extensión”.

Del corazón y de la inteligencia de Gustavo Martínez Zuviría comienza a nacer un ser nuevo: Hugo Wast.

## VI

En el año de 1905 y en la capital española, tras de curiosos incidentes que él mismo relata con derroche de sal fina, aparece —con el título de *Alegre*— la primera en el tiempo de las novelas de Hugo Wast. Dos años después anuncia la famosa librería barcelonesa de Montaner y Simón la aparición de la segunda: es la llamada *Pequeñas grandes almas*, reimpresa infinidad de veces con otro nombre: el de *Novia de vacaciones*.

No quiere Wast que estos dos libros se nombren entre sus obras, o, a lo menos, entre las principales. Maestro de maestros en el arte complejo y sutil de la novela, las halla ahora notoriamente anémica, faltas de técnica en muchos capítulos, empapadas en demasía por un romanticismo sollozante. El caso no es de extrañar (el amor materno, el más puro de todos, no siempre se reparte en idéntica proporción entre los hijos) pero envuelve una injusticia a todas luces. *Alegre* y *Novia de vacaciones*, en efecto, poseen como esenciales cualidades sus mismos defectos de concepción y ejecución. Toda novela, en realidad, va siempre dirigida a un círculo determinado de lectores, y si alguno de ellos, maduro ya, encuentra que las desventuras del triste *Alegre* o las ternuras de dos amantes separados por la adversidad rayan en lo efectista o en el sentimiento detonante, el lector de alma inocente y corazón de seda topará en esas páginas —sin duda alguna— el alma de su alma y el eco misterioso de sus propios supiros. Ternura, ensueño, lágrimas: eso lo que tenemos, eso también lo que nos falte en la edad de la ilusión. Y eso lo que nos brinda Hugo Wast en los capítulos de sus dos novelas primigenias. De aquí el éxito grandioso que siguen obteniendo, el interés que despiertan entre los niños y los jóvenes, la simpatía que sienten por sus diversos episodios quienes tuvieron a *Alegre* y a *Novia de vacaciones* como breviario sentimental de la niñez, y como registro de los goces y tristezas de la primera juventud.

El desvío de Wast por esos libros —desvío que recuerda el de Sully Prudhomme por su incomparable *Vase brisé*— obedece, sin embargo a causas más hondas.

## VII

*Flor de durazno*, tercera novela del fecundo escritor, aparece en el año de 1911 y marca en Wast una evolución definitiva

y completa. Definitiva y completa, así porque media un abismo entre el narrador primaveral en cuyas páginas es todo delicadezas y ensueño, y el atrevido novelista que —perdida la inocencia literaria aborda un tema difícil, complejo, escabroso y, por lo mismo, humanamente humano.

Es porque, durante el intervalo de tiempo comprendido entre la aparición de *Novia de vacaciones* y la de *Flor de durazno*, ha meditado mucho Hugo Wast, ha estudiado, ha observado sin descanso en torno suyo, o, en una palabra, ha vivido. Y ese contacto permanente con la vida —contacto a un tiempo placentero y doloroso— ha llevado a su mente y a su corazón trascendentales nociones. Sabe ahora que la novela auténtica no es, ni puede ser, sino una representación fiel de la existencia; sabe también que la misión del novelista no debe ser la de entregarse a pirotecnias líricas o a malabarismos verbales, sino la de llevar a cabo el desarrollo completo de un ideal; mediante la creación de personajes y la invención de una trama; sabe que, siendo la novela manjar espiritual de muchos millones de lectores, debe tratar de preferencia los puntos que más interesen a la mayoría de esas personas; sabe que la infame explotación de la novela, por parte de escritores sin pudor, impone al novelista honrado la casi obligación de presentar temas análogos pero desde puntos de vista que conduzcan a sanas enseñanzas; sabe que, en otros tiempos, cuando no contaban las fuerzas del mal con los múltiples medios de seducción que tienen hoy a su servicio, debía callarse con rubor lo que ahora, por el contrario, urge enseñar a voz en cuello; sabe que la novela realmente eficaz no es la que soslaya el asunto escabroso sino aquella que es el novelista un profeta, un apóstol, un artista para quien la novela no tiene, ni podrá tener nunca, derechos superiores a los derechos naturales. De ahí un cambio sustancial, definitivo, completo; en el sistema novelístico del cordobés, de *Flor de durazno* en adelante.

## VIII

Hugo Wast se ha encontrado, pues, a sí mismo, y, dueño lo plantea y desarrolla de frente y con lealtad; sabe, por último, y de su propio credo estético, da comienzo, sin apresuramientos pero también sin tardanzas, a una labor novelística primer orden, tanto en la cantidad como en la calidad.

En el año de 1914 entrega al público *Fuente sellada*, radiografía de la vida provinciana, bordada a base de personajes característicos de esa vida; dos años después, en 1916, fascina a sus lectores con el relato, vigoroso y audaz, contenido en *La casa de los cuervos*, obra llevada con éxito rotundo a las pantallas del cinematógrafo y de la televisión, y, al finalizar el año de 1918, saca de sus propias prensas editoriales ese portento de arte y de belleza, de sentimiento y de ternura, de observación y de colorido que se llama *Valle negro*.

Estas tres novelas, tan semejantes y tan distintas, ofrecen —a más de otras condiciones que más tarde se expondrán— un punto de referencia imprescindible para la exacta valoración de la obra literaria del escritor rioplatense.

En *Fuente sellada*, en efecto, prevalece sobre el interés de la intriga el interés que despierta en los lectores la pintura admirable de los caracteres, pintura hecha —como en las obras de Shakespeare— mediante contrastes no tan sólo entre los protagonistas sino también entre grupos más o menos numerosos de personajes. *La casa de los cuervos*, en cambio, señala el triunfo rotundo del enredo, enhebrado por Wast con la pericia de un maestro, y el cual prima sobre los caracteres en forma tal que los hace olvidar. *Valle negro*, finalmente, es la novela completa, integral, inconfundiblemente novelesca, en la cual asombrarán al lector las dotes extriples episodios del argumento, ya mostrando al desnudo el alma de todos y de cada uno de los mortales que aparecen en la obra. No sin sobra de razones premió este libro la Real Academia Española, y no sin razón se han hecho de él numerosas reimpresiones y traducciones.

## IX

Alentado por los triunfos justamente obtenidos, consciente de la importancia de su misión y dueño de los procedimientos artísticos que divulgaré más tarde en la amenísima obra *Confidencias de un novelista* (ampliada y reproducida años después, con el título general común de *Vocación de escritor*, en dos gordos volúmenes) continúa Hugo Wast produciendo novelas de distinto orden y extensión. Mantiene suspensos por largo tiempo a los lectores de *La Nación* con el inimitable folletín que, en 1919, recoge en el volumen intitulado *Ciudad turbulenta*, ciu-

dad alegre; reconstruye episodios dramáticos relacionados con la tiranía de Rosas en una novela (1920) que Pérez Galdós enviaría, y que, con el nombre de *La corbata celeste*, ha recorrido en triunfo el mundo entero; plantea virilmente algunos de los gran problemas de la sociedad moderna (1921) en la intensa obra *Los ojos vendados*, continuada y concluida (1922) en los capítulos febricitantes de *El vengador*; se supera a sí mismo, o sea que supera la trágica acción de *La casa de los cuervos*, mediante los cuadros inolvidables de *La que no perdonó*, novela (1923) considerada como una de las narraciones más interesantes de la literatura hispanoamericana, y, no contento con todo esto, mezcla luego el idilio con la tragedia y la risa con el llanto (1924) en ese portento de concepción y de ejecución que es *Una estrella en la ventana*.

La obra del escritor rioplatense —y aun considerándola únicamente por el aspect<sup>o</sup> novelístico— abarca, en este nuevo ciclo, la gama toda y los matices todos del género narrativo. Hugo Wast ha escrito, efectivamente, novelas de crítica social, de reconstrucción histórica, de aventuras geográficas, de caracteres y de simple intriga. Pero, y a pesar de esta variedad proteica, patente no sólo en los temas que trata sino también en la forma en que lo hace y en el estilo en que los envuelve, pueden señalarse a las novelas de esta época o período puntos notorios de contacto entre unas y otras. Y entre esos puntos, y en primer término por ser de aquellos que saltan a la vista, se encuentran la seriedad casi adusta de los motivos o temas y la austera severidad de los recursos retóricos.

Cierto que no faltan momentos de alegría en las obras principales de Wast, y cierto también que hay en ellas capítulos enteros en que la gracia creciente de la descripción o del diálogo conducen irremisiblemente al lector desde la tímida sonrisa hasta la carcajada resonante. Tenía que ser, así, ya que el estilo es el hombre y Hugo Wast fue en su vida ordinaria un hombre extremadamente simpático y chistoso, dicharachero y anecdótico.

## — X —

Cuando en España, en los comienzos de la edad de oro, invadieron el campo novelesco pastores melifluos y pastorcillas melcochudas que más tenían de criaturas asexuales o de preciosas ridículas, no tardaron los lectores en hastiarse de género

tan insulso y tan extranjerizante. Toda la nación solicitó, a grito herido, una novela fuerte, audaz, atrayente, que no se escandalizara de presentar la realidad de los hombres y de las cosas. Las pintarrajeadas Dianas y las acarameladas Galateas, —reinas de Arcadias de tramoya— cedieron el terreno a personajes tan llenos de verismo y tan rebosantes de jugo humano como el travieso Lazarrillo, el tacaño y entrometido Pablo, los ingeniosos rapaces Rinconete y Cortadillo, el cínico Guzmán de Alferache o el simpático diablillo que —cojo y todo— se trepa a los tejados para arrancar tejas, mirar hacia abajo y sorprender así muchos secretos de alcoba. La fotografía sin retoque supeditó a la frágil acuarela, y el mundo real se impuso sobre un universo fantasmagórico en el que se veían muy bien las bambalinas.

Con *Pata de zorra*, la chispeante narración aparecida en el año de 1924, resucita Hugo Wast, adaptándola a las costumbres actuales y despojando la rosa de espinas, todo lo bueno y aprovechable de la novela picaresca. Aquella gracia cascabeleante, que tanto deleita en *El lazarrillo de Tormes*, aquel espumante desenfado que a todos maravilla en *El diablo cojuelo*, aquella risa fresca que bulle en las páginas de *El buscón*, y, para no alargarme, aquella maliciosa ingenuidad que de tal modo deleita en los capítulos de *Guzmán de Alfarache* o de *Marcos de Obregón*, distraen, deleitan, maravillan, bullen y agradan también —y en grado sumo— en esta novela regocijante y atrayente. Sólo que Wast —como ya lo había anotado— tomó para su relación figuras muy de hoy, y los chinos ladrones, los caballeros de industria y el diablejo figón aparecen trocados en el profesor don Triboniano, la solterona Maclovia y la criada Estaurófila. Hasta los nombres de los personajes hacen brotar la risa, y no hay lector que pueda permanecer indiferente ante las tribulaciones de don Triboniano en la consecución de marido para su hermana, ni ante las ingeniosas diabluras de los alumnos del angustiado catedrático, ni mucho menos ante las travesuras de la inteligente pitonisa para engañarlos a todos y enredar lindamente la madeja.

## XI

Podría creerse que Hugo Wast inicia con *Pata de zorra* un ciclo de novelas humorísticas, como inauguró con *Ciudad turbulenta*, *ciudad alegre*, ese ciclo de novelas de intriga que culmina en las páginas imperecederas de *La que no perdonó* y de

*Una estrella en la ventana*. Pero nó. Aunque no falten episodios graciosos y salidas humorísticas hasta en libros como aquel en el cual nos relata —con el lindo nombre de *Las espigas de Ruth*— los más interesantes recuerdos de su vida, la cuerda festiva no llega a su completa intensidad en el insigne autor sino en aquellas obras de carácter personal, íntimamente personal, como son la que publica en 1929 con nombre de *15 días sacristán* y acaso también parte muy considerable de la ya mentada *Vocación de escritor*. Así, pues, tras de *Pata de zorra* publicada, en 1925, otra obra sería *Y a fe que* —con *Valle negro*— la mejor, la más bella, la más interesante, la más variada y completa de todas sus muchas novelas.

*Desierto de piedra*, en realidad, es una de las más grandes obras novelescas que se hayan escrito en castellano. Y lo es porque, si de novelas emocionantes se trata, supera ella en interés a cuantas quieran oponérsele; si se trata de obras famosas por la creación de caracteres, la narración de Wast ocupa un lugar de preferencia; si se discute en torno de libros caracterizados por su proporción y por sus líneas armoniosas, es de toda justicia reconocer que en éste la urdimbre arquitectónica es un modelo de precisión y de elegancia; si se alistan en orden de mérito las narraciones en que la variedad sorprende sin perjuicio de la unidad, la que se desarrolla en las páginas de la novela espléndida ocupará sin duda uno de los primeros puestos: si se enumeran los estudios literarios en que mejor captados aparezcan los paisajes de América, tanto materiales como espirituales, nada tendrá que envidiar la magna creación del argentino a las más afamadas de otras literaturas; si se ponderan los romances en que es lógico pero inesperado el desenlace, en sus capítulos se encontrará un dechado perfecto de dichos artísticamente concluidos; si se trata, en fin, de analizar el estilo apropiado para las diferentes situaciones, sorprenderá a todos la manera con que cambia Wast no sólo de estilo sino también hasta de lenguaje, cada vez que el asunto lo requiere. Con esta sola novela puede Hugo Wast, autor de tántas y tan bellas, librar su nombre para siempre de las cenizas del olvido.

## XII

En el año de 1926 se abre un nuevo ciclo en la obra fecunda del gran novelista: el ciclo que se prolonga hasta 1935 y que

comprende —desde *Myriam la conspiradora* hasta *El Kahal*— una serie de novelas caracterizadas por su ambiente americano e histórico, no menos que por su intenso dramatismo. Pero si *Myriam la conspiradora* cautiva por su argumento escalofriante; si *El jinete de fuego*, continuación y conclusión de la anterior, ofrece las mismas condiciones; si en *Tierra de jaguares* fascina y embelesa la épica figura de Chaparrro, digno hermano de Martín Fierro y de Santos Vega; si los cuentos compilados en *Sangre en el umbral*, pueden ser considerados —por las ramificaciones de sus argumentos y por su interés desbordante— más como novelas sintéticas que como cuentos; si *El camino de las llamas* resulta una pintura insuperable de gauchos y de contrabandistas de la sierra, y si *Oro y ElKahal* constituyen una violenta andanada contra el judaísmo, es *Lucía Miranda* —a mi juicio— la más alta cúspide de la espléndida cordillera constituida por este último ciclo.

Un rey tambú, Mangoré —refiere la novela— enamorado con toda el alma de una dama española que responde al nombre de Lucía Miranda y es la esposa fidelísima del capitán español don Sebastián Hurtado, penetra al frente de su ejército al campamento hispano, traba combate con la guarnición, la vence y despedaza, rapta a Lucía Miranda y... No quiero anticipar el desenlace de esta obra. No quiero hacerlo, sí, porque creo con Sainte-Beuve que la misión más hermosa y más útil que debe realizar un crítico es la de excitar el paladar literario de sus lectores, a modo de un eficaz aperitivo, hasta conseguir que se encariñen tanto con un tema que deseen investigarlo por sí mismo. Y abrigó la absoluta seguridad de que no pocas personas están deseando ya establecer una comparación entre los argumentos de *Lucía Miranda* y el *Tabaré*, entre la vinculación de una y otra obra con las leyendas indígenas y, especialmente sobre el género literario y la escuela artística a la cual pertenecen el libro realista de Hugo Wast y el becqueriano poema de don Juan Zorrilla de San Martín.

### — XIII —

Entre *Myriam la conspiradora* y *El Kahal* publica Wast —a más de algunos cuentos que lo acreditan como un maestro del género— dos obras de carácter inconfundiblemente histórico: en el año de 1931 la denominada *Don Bosco bajo Pío IX* y en

el mismo año (ya que en las primeras ediciones los dos tomos aparecieron en uno solo llamado *Don Bosco y su tiempo*) la que bautizó con el nombre de *Don Bosco bajo Carlos Alberto*. Aunque indudablemente contienen ellas la mejor biografía literaria que existe del simpático santo, así como también la más acabadada reconstrucción de la época en que éste floreció, parece que la historia sin embutidos novelescos no es el género preferido por el genial novelista. Lo cierto es que en 1936 publica la amenísima colección de cuentos *Naves, oro, sueños*; en 1941 los estudios de exégesis bíblica recopilados con el título de *El sexto sello*; en 1945 las grandiosas novelas 666 y *Juana Tabor*, que fueron una sola en las primeras ediciones, y que, ya en 1944 deja a la posteridad ese prodigio de variedad e interés, de originalidad y de frescura, de risa y llanto que es *Esperar contra toda esperanza*. Ello se debe, sin duda alguna, a que el talento de Hugo Wast se orienta con tal fuerza a la que pudiera llamarse *novelística de la novela*, o sea el hecho de que en las obras esencialmente históricas — como son los dos tomos que vuelve, en 1948, a la historia salesiana para narrarnos la vida del padre Vespignani — llega hasta hacerse pesado cuando se apoya en documentos y solo consigue interesar de veras al lector cuando relata aquellos hechos en que el elemento novelesco resulta realmente histórico. Quizá el primero en considerarlo así es el propio Wast, como nos lo testifica el que, en 1952 vuelve a la novela picaresca a la moderna con las tres hilanderas novelitas denominadas *Morir con las botas puestas*, *los huesos del coronel* y *Secreto de confesión*, portentos de colorido y de gracia fina que, en realidad, vienen en pos de la gran novela *Lo que Dios ha unido*, obra en que —al dar digno remate al problema teológico que había dejado planteado en los últimos capítulos de *Esperar contra toda esperanza*— resuelve, dentro de la doctrina católica, el delicado asunto del celibato eclesiástico; en 1955 celebra sus bodas de oro como novelista con la publicación de la novela *Estrella de la tarde*, continuada y terminada poco después en la grandiosa *¿Le tiraría usted la primera piedra?*, novela de tesis de cuyo insólito atrevimiento se confiesa espantado el propio Wast. *El año X*, publicado en 1960, en una obra de polémica, francamente agresiva, destinada a demostrar graves errores historiadores argentinos.

### XIV

En el año de 1955 se celebró espléndidamente el primer cin-

cuentenario de la publicación de *Alegre*, o sea las bodas de oro de Hugo Wast, como literato. Y el número capital de tales celebraciones fue la aparición de las *Obras completas de Hugo Wast*, en dos lujosos volúmenes de cerca de cuatro mil páginas en total. La admirable compilación comprende no solamente todas las novelas del autor, sino todos sus cuentos —entre los que los hay realmente magistrales—, todos sus discursos— de los que no pocos son verdaderas joyas de antología— y multitud de artículos diversos sobre cuestiones literarias, históricas, polémicas, bibliográficas, retóricas, científicas o simplemente informativas.

Un análisis completo de las novelas de Hugo Wast (que es lo que he querido anticipar en esta síntesis) conduce lógicamente a las siguientes conclusiones:

Puede suceder, y de hecho sucede, que otros autores superan a Hugo Wast en la elegancia y casticidad del estilo, en el alcance social de sus relatos y hasta en el modo —casi instintivo— de cribar las novelas y despojarlas de frases y detalles inútiles. Puede acontecer, asimismo, que a varios de sus libros sea posible oponer otros mejores dentro del tema. Pero, tomada en conjunto la vasta labor del novelista rioplatense, no podrá negar nadie que se trata de una obra superior a todas —o a casi todas, por lo menos— en los que hace a la diversidad de los temas, a la multiplicidad de los personajes, al interés de la narración, a la viveza del diálogo, y la novedad de los desenlaces y al hondo soplo de humanidad que les da vida y que asegura su inmortalidad.

## "LA EMBOCINADA"

RAFAEL OSORIO

Angel María se llamaba cuando ingresó a la Facultad de Derecho un estudiante de provincia, mandado por su padre para que aprendiera leyes y lo defendiera de las argucias rabulescas con que cierto tinterillo del pueblo estaba a punto de dar al traste con el patrimonio familiar. Cuando Angel María terminaba su bachillerato oía atemorizado y compungido todos los arbitrios y socaliñas de que se valía el tinterillo para despojar a su padre de su modesta hacienda, adquirida con tanto esfuerzo.

Aqueí sentimiento innato de justicia que mantienen todos los hombres en lo íntimo de su ser de una manera misteriosamente intuitiva, se hizo en el estudiante de último año de secundaria concientemente reivindicador y justiciero. Adivinó que únicamente aprendiendo todos esos recursos procedimentales que manejan Jueces y abogados podría contrarrestar las oscuras tretas que el rábula provinciano esgrimía contra su padre. Este lo alentaba a estudiar los códigos, pensando que cuando su hijo terminara estudios de derecho, pudiera reivindicar parte de sus bienes y su fama.

Desde cuando Angel María llegó a la Facultad se sintió poseedor de aquella misión vindicativa y se dio a estudiar con tal empeño y seriedad que a los pocos meses de iniciado el